



LA VIDA ES UN OCHOMIL

Gumersindo Ibáñez y Kiko Betelu

LA VIDA ES UN OCHOMIL



Primera edición: septiembre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Gumersindo Ibáñez y Kiko Betelu

ISBN: 979-13-87909-04-8

ISBN digital: 979-13-87909-05-5

Depósito legal: M-19973-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Rosa Mari, mi compañera

GUMER

A Susana, Leticia, Rachna, África y Liam

KIKO

Capítulos

Prólogo de Sebastián Álvaro	11
Introducción	19
Capítulo 1. La libertad	27
Capítulo 2. El hijo del ciego	35
Capítulo 3. Pequeños oficios, grandes sueños	53
Capítulo 4. Sobrevivir en un país terrible.....	71
Capítulo 5. Las montañas empiezan a acompañar a la vida	85
Capítulo 6. La familia y la empresa.....	107
Capítulo 7. Un mundo por recorrer.....	125
Capítulo 8. La arquitectura, otro motivo para viajar.....	139
Capítulo 9. La explosión de las grandes montañas	153
Capítulo 10. Las Siete Cumbres y, finalmente, el Karakorum.....	179
Capítulo 11. La música y el club de montaña Gazteiz	203
Capítulo 12. La crisis y el sueño de las regiones polares	219
Capítulo 13. La vuelta al mundo para escribir un libro	235
Capítulo 14. La vida es un ochomil.....	257

Prólogo de Sebastián Álvaro

Debo confesar que tardé varios meses en aceptar realizar el prólogo que ahora comienza a leer. Conozco a Gumersindo Ibáñez desde hace muchos años, los suficientes como para que tengamos la confianza suficiente como para que me pidiera estas páginas previas a lo que, en el fondo, son unas memorias de su vida, pero mi ajetreada vida de viajes, expediciones y compromisos múltiples, apenas me deja tiempo y tranquilidad para ponerme a escribir. Por otro lado, la cantidad de personas que me piden unas líneas para un prólogo, un artículo para unas fiestas patronales o unas jornadas de montaña, con el falaz argumento de «a ti no te cuesta nada», me estresan más que estar debajo del K2 esperando un periodo de buen tiempo. Y con esa misma confianza así se lo dije a Gúmer. Creí que se desanimaría, pero, simplemente, me dijo que esperaría a que estuviese más relajado. Cuando meses más tarde fui a Pamplona a promocionar mi último libro, allí estaba para recordarme que me seguía esperando. Así que esta vez no me dejó otra opción que darme por vencido y ponerme a escribir.

Posiblemente, esos rasgos de su carácter, la paciencia y la tenacidad, sean las principales virtudes que atesora este amigo, que comparte algunas particularidades vitales con las que me identifico plenamente: es un hombre de los de antes, hecho a sí mismo, un tipo rudo de aquellos lejanos tiempos en los que se comenzaba a trabajar muy pronto y se aprendían rápidamente las cuestiones esenciales en su vida. En nuestro caso, que hay que luchar para salir adelante y que nos gustaba salir al monte. Y que ambas cosas

llevan aparejadas esfuerzo y, a veces, incluso sacrificios. Tuve una infancia parecida, con esos mismos duros aprendizajes, haciendo de la montaña y el trabajo la mejor escuela de vida.

Así que este es un libro de montañas que recorre algunas en muchos lugares del planeta, pero también es un recorrido sentimental por la vida de Gúmer a través de viajes, amigos comunes y, por supuesto, de su familia. La montaña es solo un pretexto, el hilo conductor del que se sirve Kiko Betelu para descubrirnos una vida sorprendente llena de contrastes y, como nos pasa a muchos montañeros, no exenta de contradicciones y errores. También de alegrías y decepciones, caídas que exigen volver a ponerse en pie y empezar de nuevo sin nada en las manos. Un camino que, a pesar de todas las decepciones y sacrificios, siempre merece la pena. Todo lo importante en nuestra vida se consigue con entusiasmo y pasión, es decir, aventurándonos, asumiendo riesgo e incertidumbre. Solo la aventura nos permite dar un salto hacia lo desconocido, pues no solo tratamos de explicarnos el mundo que nos rodea, sino también nuestro propio interior.

A medida que cumplimos años también aprendemos otros aprendizajes para transitar por la vida —una sabiduría que muchas veces nos llega demasiado tarde—, como la importancia de la lealtad, la honestidad y la valentía en la gente que nos rodea. De esta forma comprendemos que no hay hombres ni mujeres perfectos y que al final de ese camino los buenos amigos —como me decía mi padre— se cuentan con los dedos de una mano. También que cuando envejecemos amamos más la vida, es decir, a las buenas personas y a las montañas. Por eso ahora empleamos mejor nuestro ya escaso tiempo y con mayor intensidad.

Para mí, como dijo Amudsen, eso es «suficiente gloria para un hombre».

Gúmer ha sido y es un viajero incansable, de ese tipo de personas que sienten la necesidad de descubrir el mundo. Mientras pensaba en los rasgos que definen su personalidad, lo primero que me vino a la cabeza fue su generosidad con sus amigos; entre ellos, nuestro

común amigo Juanito Oiarzabal, a quien ayudó en varios de sus proyectos. Luego recordé la caminata que ambos compartimos en la primavera del año 2002 al pilar oeste del Makalu, cruzando altos pasos del Himalaya desde el valle de Arum, que para muchos es el símbolo de las grandes escaladas en el Himalaya. Tanto la marcha como la escalada se convirtieron en una carrera de obstáculos que terminaría en una tragedia. Pero entonces no lo sabíamos y a la vuelta, mientras nosotros nos afanábamos en filmar y escalar aquella gigantesca proa de ronca, mis amigos tuvieron que regresar en helicóptero, pues aquella zona estaba en manos de la guerrilla maoísta. Fue un vuelo muy arriesgado en el que pasaron mucho miedo. Aquel mismo helicóptero se estrellaría semanas más tarde y nosotros nos salvamos de milagro. A pesar de la dureza de la marcha, y de los peligros que nos acecharon durante todo el viaje, Gúmer no hizo el mínimo comentario ni tuvo el menor reproche. Así que, me dije, un tipo solidario, trabajador y valiente, que igual se encuentra a gusto durmiendo en una tienda en el Himalaya que asistiendo en Viena al concierto de año nuevo, es un tipo al que hay que querer, aunque te persiga para que le escribas un prólogo.

Así que esta narración —en realidad es una vuelta al mundo por paisajes, montañas y emociones— comienza con el relato de una infancia y una adolescencia en una época muy dura de nuestro país en la que los campamentos de verano y las primeras lecturas nos sirvieron como acicate para avivar la curiosidad por las montañas y los viajes. También los primeros viajes desde el cercano Gorbea a los Pirineos. Desde muy pronto, su vida estuvo ligada a la montaña alavesa, llegando a ser presidente del club Gazteiz de Vitoria, uno de los más importantes de España. Es decir, la vida de Gúmer siempre ha estado ligada a la pasión por la montaña. Quizás porque, como me ocurrió a mí, regresar a esas montañas es volver a reencontrarse con la misma sensación de asombro y maravilla que tuve cuando era un niño. Ahora sabemos que las montañas son el último lugar al margen de las aglomeraciones y de «la hipocresía de los hombres civilizados»

donde poder sentir la soledad, el silencio y la belleza del planeta en el que vivimos.

El relato de Kiko Betelu sigue los pasos de la vida de nuestro amigo y continúa cuando las cosas comienzan a irle mejor (pues un aventurero siempre es un emprendedor por definición), cuando comienza una activa vida empresarial, también más viajera y montañera. Fruto de ella en más de cincuenta años haciendo montaña, ha ascendido algunas tan importantes como el Aconcagua y ha intentado otras en el Himalaya como el Cho Oyu. En este tiempo, ambos vivimos otro tipo de montañismo, siendo testigos de unos paisajes, un alpinismo y unos valores que, quizás, como los grandes glaciares de la Tierra, están desapareciendo muy rápidamente.

Las redes sociales, la masificación de algunas montañas, la banalización y la comercialización de muchas otras han dado paso a una forma de turismo comercial montañero con el que no me reconozco ni, mucho menos, quiero participar. Es probable que también Gúmer sienta que estos tiempos ya no sean los suyos, pero tengo claro —igual que me dijo Walter Bonatti— que vamos a seguir haciendo la montaña que amamos, defendiendo el alpinismo clásico; es decir, la más hermosa expresión de libertad y aventura del ser humano. Los griegos, que fueron quienes nos enseñaron a pensar, nos legaron algunas enseñanzas muy útiles para vivir y también para escalar montañas. Por un lado, solo tenían una palabra para definir humano y mortal. Es decir, nos revelaron la verdad última: todos vamos a morir. Pero también nos dijeron que vivir con entusiasmo es sinónimo de estar poseído por la divinidad. Escalamos montañas no porque busquemos la muerte, sino porque, por el contrario, seguimos amando la vida impulsados por la curiosidad, que es el mejor motor de la vida.

Gúmer hizo suya la frase de Shackleton, que siempre mantuvo que en momentos de adversidad hay que ser «condenadamente optimista». Y eso le sirvió para hacer frente a la crisis de su empresa y poder volver a ponerse en pie cuando todo parecía perdido... No sé si lo ha conseguido del todo, pero me consta que sigue siendo

un tipo bregado, entusiasta, al que le sigue gustando viajar y escalar montañas porque, al final, viajar y subir montañas se ha convertido en una especie de peregrinaje.

Y así hemos llegado a esta etapa madura de nuestros días. Una vida repleta de aventuras y sucesos azarosos, montañas y viajes. Y ahora ahí está, mirando hacia atrás, como dice la canción, viendo su vida entera. Este libro pretende ser esa mirada inquisitiva y, por supuesto, subjetiva y emocional, pero también libre y honesta.

No creo que Gúmer, ni nadie, pueda explicar científicamente la razón de ascender montañas y, menos aún, explicar la utilidad de jugarse la vida por ello, pero nunca renuncié a enamorarme ni a escalar montañas. Creo que él tampoco. Es seguro que —en el caso de que lo hubiera hecho— nuestras vidas hubiesen sido más seguras y confortables, pero tampoco hubiésemos vivido momentos de plenitud irrepetibles. Nadie olvida su primer beso ni su primer viaje, como tampoco es casualidad que los mejores libros clásicos, desde la *Odissea* a *El Quijote*, sean libros de aventuras, es decir, de pasiones y emociones. Somos criaturas físicas racionales y emocionales, y tenemos necesidad espiritual de almacenar montañas, poemas, músicas, es decir, conocimientos y emociones. Aquel accidente del 2002 en el Himalaya nos reveló nuestra enorme vulnerabilidad —la vida se acaba de golpe en un momento— y la importancia del azar en nuestra existencia. El haber llegado hasta aquí sobreviviendo a grandes aventuras nos hace dar importancia al valor de la amistad y del azar, y por ahora agradecemos que hayamos podido vivir tantas aventuras, viajes y montañas. Ese empeño en los viajes, en el trabajo o en la vida, ha sido una de las virtudes que siempre ha mantenido Gúmer.

Al final, como han podido comprobar, terminé escribiendo este prólogo. Y ahora me alegro de ello por una cuestión de lealtad y gratitud. Lealtad a los amigos como Gúmer y a esos valores y emociones que compartimos. Gratitud a todo lo que vivimos juntos y pude aprender en ese camino, ya largo, que llamamos vida. La pasión por la aventura es un sentimiento de plenitud tan prodigioso

que, una vez puesto en marcha, ya no vuelve a abandonarnos. No es cuestión de años, porque, una vez que prende esa llama interior, su rescoldo nunca se apaga. No solo nos proporciona una satisfacción física, sino también espiritual e intelectual, pues se toma conciencia de nuestra fragilidad frente al medio natural que nos rodea y, al tiempo, de nuestras capacidades y nuestros límites y los del mundo que nos rodea. Somos la única especie capaz de apreciar la belleza en cualquier momento y en cualquier lugar, por amargo que sea el camino y el trance en el que nos encontremos. Y todos esos momentos, alegres o tristes, los compartimos con amigos que nos acompañan en este venturoso camino que llamamos vida.

El sentido de la vida consiste en eso: encontrar a las personas y todo aquello que nos hace mejores personas.

Salud y amistad.

SEBASTIÁN ÁLVARO



Sebastián Álvaro, Rosa Mari y Gumer en el Makalu

Introducción

La vida es un ochomil no es un libro de montañas, es el libro de mi vida.

Es el libro que relata mi vida. Los ascensos, los descensos y los tiempos de reposo, las caídas y los esfuerzos para volver a levantarme, los riesgos asumidos, las victorias y las derrotas. En las montañas que tanto he amado, y en tierra firme, que muchas veces ha sido más duro. Lo podía haber escrito yo solo, pero le he pedido a mi amigo Kiko que me ayude a escribirlo.

De hecho ya soy yo —Kiko— el que escribe.

Gúmer va a aparecer permanentemente con sus recuerdos, sus comentarios y sus sensaciones en primera persona. Esas partes del libro las escribiremos en cursiva. Pero el relato que ordene sus intervenciones creo que va a ser más natural y seguramente más objetivo si lo hago yo desde fuera como un espectador.

Gúmer es una de las personas más peculiares y seguramente valientes que he conocido. Y mira que he conocido muchas personas, y algunas personas peculiares, y muchas personas valientes.

Cuando me propuso la idea de escribir el libro, más o menos su biografía, la primera sensación fue de sorpresa y en cierta medida de responsabilidad. Recuerdo perfectamente que estaba andando mi dosis diaria de marcha ligera y me llamó por teléfono. Normalmente, le habría dicho que «te llamo luego», pero cuando me dijo de qué se trataba, me quedé parado y sorprendido.

Le dije que sí. Esas cosas no hay que pensarlas. Que lo iba a hacer encantado. Me encantan los retos de todo tipo. Y este, desde el minuto cero, tenía pinta de serlo.



Gumer y Kiko en la cumbre del Poset

Pero, claro, le dije que nos iba a costar mucho trabajo. Yo he escrito y publicado varios libros de medicina y de aventuras, pero no es lo mismo escribir historias de personajes del pasado, de los héroes antiguos, que escribir la vida de un amigo. A mí me gusta escribir y, por lo tanto, no me cuesta demasiado, pero sobre los grandes alpinistas del pasado o sobre los héroes de la Antártida. Casi todos están muertos. Y escribir sobre ellos es, en definitiva, reescribir sus hazañas mil veces contadas.

No es lo mismo. El libro de la vida de Gúmer, para empezar, me la está contando él mientras compartimos camarote en un crucero que da la vuelta al mundo.

Cuando le contesté que sí, le dije también que iba a ser costoso. Pero ¿cómo se valora el tiempo dedicado a un amigo? Gúmer es un empresario de éxito. Me hubiera costado mucho decir cuánto dinero compensaba la dedicación, y ese era solo uno de los problemas.

El otro es que Gúmer vive en Zurbano, a cinco kilómetros de Vitoria, y yo en Urroz, a veinte de Pamplona. Y se lo recordé. Vamos a necesitar muchas horas, días y semanas de conversaciones tranquilas. Y no parece el mejor plan que cada día tú, yo o los dos hagamos ciento veinte kilómetros de carretera y vuelta. Pero Gúmer, que, además de valiente es original, ya tenía la respuesta.

Te invito a un crucero alrededor del mundo y mientras escribimos el libro. Yo lo relato y tú lo escribes.

Así que estoy aquí sentado en la pequeña mesa de un camarote en el puerto de Barcelona. Es diciembre y fuera hace frío. Aunque la idea sea surcar los mares del Sur, en un rato saldremos a cubierta para ver como poco a poco el barco deja el puerto y pone proa al mar abierto, a los mares de la vida. Y empezaremos a charlar, y de vez en cuando grabaremos nuestra conversación, y otras veces Gúmer decidirá que no. Es su vida y a mí solo me toca respetarlo. Y empezaremos a escribir.

Lo vamos a pasar bien en muchas ocasiones, porque ha tenido una vida tan azarosa como interesante, pero otras veces, especialmente él, lo va a pasar mal. Y en algunas ocasiones va a sufrir, aunque no lo reconozca. Yo le conozco lo suficiente como para

diferenciar los ojos un punto vidriosos del dolor o de la nostalgia.

Estamos en un crucero. Yo ahora escribo mirando al mar mientras desfilan a mi lado parejas elegantes camino de la cena. Seguramente, la mayoría no son millonarios. Parecen más bien jubilados que, seguramente, han trabajado muchos años en Francia, en Alemania..., y que ahora se van a dar el capricho de dar la vuelta al mundo. También tienen detrás sus vidas y sus mochilas llenas de vivencias empujándoles hacia el mar abierto. Y también han quedado en tierra hijos, nietos, amigos... o nadie... Cada vida es diferente, pero todas siguen de alguna manera un guion parecido. La vida es «una puta sucesión de alegrías y tristezas», eso me dijo una vez mi amigo Toño.

El libro, además, será el testimonio y el legado para las personas con las que ha compartido la vida. Lo va a leer Rosa Mari, copartícipe de muchas vivencias, también sus hijas Idoia, Marta y Alba, y su hijo Iñigo, sus nietas y nietos, el resto de sus familiares, sus amigos, las muchas personas que han coincidido con él. No es nada sencillo.

Pienso sobre todo en su gente. No ha tenido que ser sencillo vivir al lado de Gúmer. Es intenso, hiperactivo. No puede parar quieto ni un minuto. Según van avanzando los días de la travesía, lo puedo comprobar. Habla sin parar cuando le estoy grabando. Y cuando le digo que vamos a descansar y corto la grabadora, la mayor parte de las veces le da lo mismo y sigue hablando sin parar. A veces hacemos extras incluso comiendo o cenando. Da la sensación de que tuviera una mezcla de prisa por contarme todos sus recuerdos y, a la vez, ganas de desahogarse, o de deshacerse de algunos de ellos, o de sacar a la luz recuerdos escondidos en lo más profundo de su memoria.

Ante la apabullante retahíla de datos en que se convierten muchos de sus monólogos, tengo sensaciones encontradas. No puede ser que recuerde tantos nombres y apellidos completos de tanta gente, durante tantos años, y tantas fechas, y tantas direcciones. Por lo menos a mí, que tengo memoria de mosquito, me resulta

increíble. Entonces pienso si en ocasiones no fabularé. No quiero decir que se invente nada, sino que en ese entusiasmo para llenarme la grabadora con su vida puede que a veces en el teatro de los recuerdos se le mezclen los nombres, fechas y direcciones recordadas con otras olvidadas y vueltas a recordar. O que incluso salten al escenario nuevos nombres y fechas no del todo correctos, pero siempre similares... No se lo comento porque sé que le sentaría mal. Y en el fondo, los datos concretos importan menos o casi nada. Y por otra parte están las cosas que calla por no herir a nadie, por ser demasiado doloroso... En ocasiones, mejor callar.

Tampoco importa tanto. Es la representación de su vida como una obra en varios actos o como una ópera de Verdi: pasión, belleza y tragedia.

La mayor parte de esos nombres ni siquiera van a aparecer en este libro, así que lo obvio.

Lo que sí está claro es que Gúmer es un hombre que ha hecho que su vida sea la que es. Un hombre «hecho a sí mismo» en el más estricto y real sentido de ese término. El *self made man* que dicen los ingleses. Si él hubiera sido diferente, la vida de todas y todos vosotros, su familia, seguramente no sería la misma. Pensadlo bien, os lo digo con toda claridad y recordadlo según avanza el relato.

Va a ser una mezcla curiosa. Charlamos y escribimos a bordo de un barco que va a surcar el Mediterráneo, el Atlántico y el Pacífico, casi nada, aunque la vida de Gúmer haya transcurrido tierra adentro, en la Llanada Alavesa, y sus sueños le hayan llevado a los Pirineos, a los Alpes, a los Andes, al Karakorum y al Himalaya.

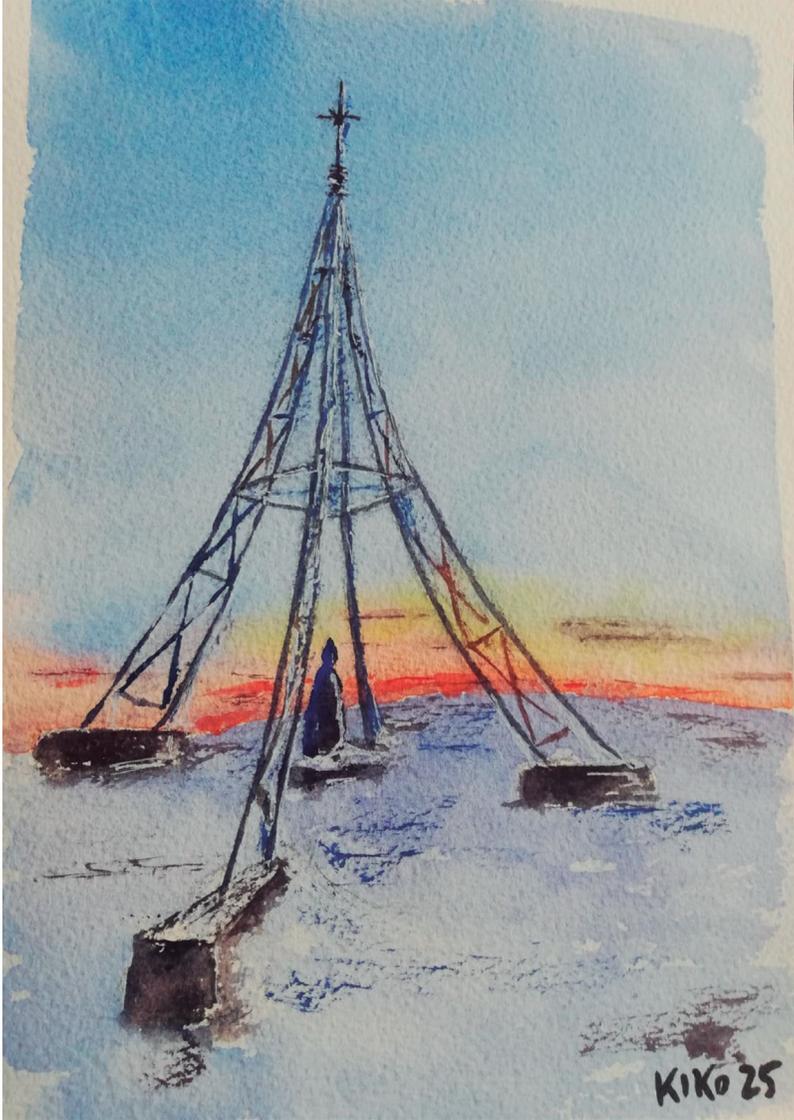
Tampoco va a resultar sencillo el pacto entre los dos. Gúmer es empresario y yo soy médico de emergencias. Y los empresarios están acostumbrados a mandar. Y los médicos de emergencias, a desobedecer...

Gúmer ha cumplido setenta y ocho años y tiene un millón de anécdotas y vivencias que contarme. No para... No sabe parar. No va a parar... Va a dar la vuelta al mundo en un barco. Y casi sin parar se va a recorrer los hielos y los fiordos de Groenlandia. Y quizás en el futuro la Antártida de la que yo le hablo... ¡¡¡Y ha cumplido setenta y ocho años!!!

Yo soy un luchador, me caía y me levantaba, y luego otra caída y otra vez a levantarse. Lo más importante en la vida es la libertad. Pero en realidad no existe, la tienes que buscar tú luchando, empujando. Pienso que toda persona puede ser lo que quiera. Solo tiene que desearlo...



Gumer y Kiko en la cumbre del Elbruz



Cruz del Gorbea

Capítulo 1. La libertad

Todas las personas tenemos una vida; en la trayectoria de la misma vamos formando nuestra historia. La mía se ha formado al lado de Gúmer, mi compañero y padre de mis cuatro hijos. El transcurrir de esta vida en común ha tenido mucho en intensidad, ya que no había lugar para parar. Con Gúmer es seguir, seguir, y tantas veces como te caigas te levantas y sigues. Ese espíritu de lucha es sorprendente, así que ha podido existir de todo, menos tiempo para la monotonía y el aburrimiento.

Esperamos seguir mucho tiempo juntos y con nuestra manera particular de entender la vida.

La ilusión de escribir este libro lleva en su pensamiento mucho tiempo, y ahora, quizá con las reflexiones a las que se llega con muchas vivencias y también cierta edad, pienso que es el momento y estoy segura de que será otro logro para su historial.

Rosa Mari

¿Qué es para ti la libertad?

Poder hacer lo que uno quiera dentro de unos parámetros de respeto y convivencia. La libertad total no existe. Pero si buscas la libertad, si recorres el camino de la libertad, te sientes libre.

La vida en mi infancia y juventud estaba condicionada por la dictadura. No podías ni hablar ni cantar. Solo podías pensar. Por eso en la montaña yo

me encontraba bien, a gusto, libre, cantábamos... con montañeros de Estella, de Durango, de Mondragón, de Éibar, de Oñate...



Es curioso, o surrealista quizás, escribir de aquella época en la que le tocó nacer y crecer a Gúmer, y hacerlo desde un barco que, con todas las comodidades, está recorriendo algunos de los parajes más bellos del mundo.

Pero con una tenacidad de trabajadores disciplinados cada día durante varias horas nos ponemos el «mono de trabajo», nos abstraemos de lo que nos rodea y volamos con la imaginación a las vivencias de setenta y tantos años atrás...

Aspirábamos a una Euskadi libre dentro de una Europa unida. Entonces Euskadi no era libre... Había que luchar para que cayese el «régimen», que cambiase la sociedad.

Por eso, los montañeros estábamos más vigilados, más perseguidos, porque ya sabían que pensábamos diferente.



Es también curioso que el perfil del montañero fuera diferente en el País Vasco, Navarra o Cataluña. Yo recuerdo que en mis primeras salidas en autobús desde Pamplona cantábamos canciones en euskera, aunque algunos como yo no las entendíamos. ¿Por qué crees que el ambiente montañero tiene ese perfil?

Como se vigilaba al pueblo en las calles y en las ciudades, no se podía vigilar en la montaña. En Madrid posiblemente fuera diferente, porque no creo que tuvieran ese concepto de la libertad y la opresión.

Había que ir a comisaría para solicitar permiso para ir a otras provincias a subir montañas. Había dos guardias civiles que acompañaban a los grupos. Ibas a la Mesa de los Tres Reyes y se subían al autobús en Isaba.

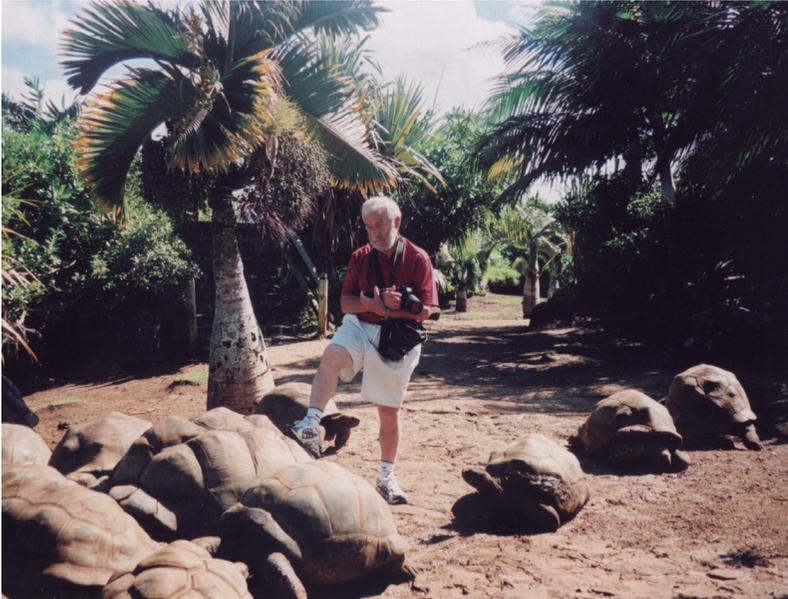
A veces veían fantasmas donde no había. Ibas sin maldad, pero ellos veían fantasmas. Separatismos, reivindicaciones sociales. Salvo el día «del recuerdo» en Betsaide, que sí eran días más reivindicativos. Independencia. Libertad.

Para ti, ¿qué es la felicidad?

La libertad.

Te lo pregunto de otra manera y para que lo entiendas te cuento una anécdota que leí en una ocasión. Dicen que Abderramán III, el califa más poderoso de la historia en Al Ándalus, después de décadas de mandato todopoderoso, dijo en su testamento que a lo largo de su vida había tenido seis días felices.

Igual me parecen muchos. Yo te devuelvo la pregunta, ¿para ti qué es la felicidad?



Pero el libro es de tu vida, si fuera de mi vida, yo se lo tendría que contestar a mi biógrafo.

La felicidad completa no existe.

En buena parte, es a través de uno mismo como se llega. Es el camino que cada uno tiene que andar, solo o con ayuda. Rosa Mari lo dice muy bien de mí. Te caes, te levantas; te caes, te levantas. Hay gente que se cae y no se levanta. Y una persona tiene que saber luchar.

Cuando yo tenía veinte años, nunca hubiera soñado con estar ahora en un crucero. Pero tenía el deseo de que todos mis amigos fueran ricos para que a mí no me faltara nunca trabajo. Es el deseo de la vida.

En el barco vamos a tener tiempo también para la lectura. Es importante elegir bien el libro que te va a acompañar. ¿Qué estás leyendo tú?

Ahora estoy leyendo un libro de Henry David Thoreau titulado Walden. Era un personaje que no quería tener nada para ser libre.

Eso me recuerda una parábola: la «camisa del hombre feliz».

Cuentan que un maharajá inmensamente rico sufría pese a sus riquezas porque no era feliz. Y dijo a sus sabios que daría la mitad de su fortuna al que le trajese la camisa de un hombre feliz. Los sabios recorrieron el mundo sin encontrarla, hasta que uno de ellos, volviendo ya al palacio del maharajá, se cruzó por el camino con un viajero que cantaba y sonreía a todo el mundo. Le preguntó por qué lo hacía y este le contestó que porque era feliz. Inmediatamente, le dijo que le pagaría mucho dinero si le vendía su camisa, a lo que el viajero contestó que lo haría encantado, pero que no tenía camisa.

Si eres simple es fácil. El sencillo me da envidia y a la vez me envidia por llegar a donde he llegado. Saber estar.

Entonces no es feliz porque la envidia y la felicidad son incompatibles. Quizás te admira.



Cumbre de Isla Reunión